

Escripta



Fuente: S/n (19 de septiembre de 2014). Una novela para volverlo papilla. *La Patria*. <https://archivo.lapatria.com/cultural/una-novela-para-volverlo-papilla-12757>

Entrevista

Diálogo con el novelista y profesor universitario Rigoberto Gil Montoya sobre su obra *Mi unicornio azul*: reflexiones sobre los movimientos estudiantiles en Colombia

Conversation with novelist and university professor Rigoberto Gil Montoya about his novel *Mi Unicornio Azul*: a reflection on student movements in Colombia

Jhon Jaime Correa Ramírez
orcid.org/0000-0002-1741-6534

Recepción: 13 de septiembre de 2023
Aceptación: 23 de noviembre de 2023

Este es un artículo de acceso abierto distribuido bajo los términos de la Licencia Creative Commons Atribución-No Comercial-Compartir igual (CC BY-NC-SA 4.0), que permite compartir y adaptar siempre que se cite adecuadamente la obra, no se utilice con fines comerciales y se comparta bajo las mismas condiciones que el original.

DIÁLOGO CON EL NOVELISTA Y PROFESOR UNIVERSITARIO
RIGOBERTO GIL MONTOYA SOBRE SU OBRA
MI UNICORNIO AZUL: REFLEXIONES SOBRE
LOS MOVIMIENTOS ESTUDIANTILES EN COLOMBIA

CONVERSATION WITH NOVELIST AND UNIVERSITY PROFESSOR RI-
GOBERTO GIL MONTOYA ABOUT HIS NOVEL «MI UNICORNIO AZUL»:
A REFLECTION ON STUDENT MOVEMENTS IN COLOMBIA

Jhon Jaime Correa Ramírez¹

Resumen.

La presente entrevista surge del interés por poner en diálogo a la historia, en este caso de los movimientos estudiantiles, con la literatura. Y para el efecto, se me ocurrió proponerle al profesor Rigoberto Gil Montoya (La Celia, Risaralda, Colombia, 1966), que realizáramos un diálogo acerca de su novela *Mi unicornio azul*, ganadora en el año 2014 del xxxii Premio Nacional de Literatura —modalidad novela— de la Universidad de Antioquia —y que luego fue reeditada por el sello editorial de la Universidad Tecnológica de Pereira (UTP) en el año 2018. Esta novela nos sumerge en una dimensión poco explorada de la vida universitaria, narrada en medio de los tumultuosos movimientos estudiantiles de la actualidad. El autor aporta una generosa dosis de humor negro, desafiando los grandes paradigmas y paradojas que alimentaron los ideales de los movimientos estudiantiles en las décadas de los años 60 y 70. Estos conceptos, aunque de manera un tanto anacrónica, persisten en los idearios y repertorios de movilización de los nuevos movimientos y colectivos estudiantiles en Colombia.

Palabras clave: entrevista, novelista, movimientos estudiantiles, Colombia.

¹ Universidad Tecnológica de Pereira (Colombia). Doctor en Ciencias de la Educación. Correo: jjcorrea@utp.edu.co

Abstract.

This interview emerges from a desire to initiate a dialogue between history, specifically the student movements, and literature. With this objective in mind, I proposed to Professor Rigoberto Gil Montoya (La Celia, Risaralda, Colombia, 1966) that we engage in a conversation about his novel *Mi unicornio azul*. The novel, which won the xxxii National Literature Award in the novel category at the University of Antioquia in 2014, was subsequently republished by the publishing house of the Technological University of Pereira (UTP) in 2018. Delving into a little-explored dimension of university life, the narrative unfolds within the tumultuous context of contemporary student movements. The author injects a rich dose of dark humor, challenging the significant paradigms and paradoxes that fueled the ideals of student movements in the 1960s and 1970s. Despite being somewhat anachronistic, these concepts persist in the ideologies and mobilization repertoires of the new student movements and collectives in Colombia.

Keywords: interview, novelist, student movements, Colombia.

Introducción

El profesor Gil Montoya es docente titular de la UTP. Se reconoce como narrador y ensayista, y cuenta con una muy prolífica producción literaria. Yo lo empecé a conocer por los libros *Pereira: visión calidoscópica* (2002) y *Nido de Cóndores. Aspectos de la vida cotidiana de Pereira en los años veinte* (2002). Luego he tenido la oportunidad de leer otros libros de su autoría como *La urbanidad de las especies* (1996), *Perros de paja* (2000), *Plop* (2004) y más recientemente, *De ver pasar* (2020) y, por supuesto, *Mi unicornio azul* (2018). Además, ha ganado varios concursos de ensayo y novela a nivel local y nacional, lo que a mi modo de ver da cuenta su gran vitalidad, calidad y energía literaria, que complementa con su labor docente en el pregrado de Español y Literatura, en las Maestrías en Literatura y en Estética y Creación, lo mismo que en el Doctorado en Literatura de la misma UTP.

Lo llamativo de esta novela -que es nuestro tema de conversación- es la manera como desde la literatura el autor asume una postura crítica e irónica respecto a los movimientos estudiantiles universitarios. A través de los nueve capítulos que componen la obra, hay una toma de distancia del escritor frente a lo que se podría denominar una memoria política y cultural de estos movimientos estudiantiles; postura que en muchas ocasiones raya con la provocación «políticamente incorrecta». La atmósfera política de la movilización, de las asambleas estudiantiles y del campus universitario se percibe bastante enrarecida y tensa —así como lo estuvo el país en la época de la Seguridad Democrática del gobierno del polémico presidente Álvaro Uribe Vélez, entre 2002 y 2010—, a pesar de que en medio de las páginas del libro afloran los impulsos libidinosos de profesores, estudiantes y, sobre todo, de su personaje central, Juanmi.

Entre gases lacrimógenos y los sueños húmedos del personaje, también se dejan ver una serie de apuntes muy lúcidos sobre la problemática política en la Colombia de los últimos años, que ha tenido a la Universidad y a distintas generaciones de estudiantes como epicentro de esta guerra en la que muchas veces nos cuesta trabajo reconocernos.

Como señala el periodista y escritor Camilo Alzate, la novela es «engañosa», en tanto combina diversos tópicos:

«[...]se dialoga con la retórica subversiva de la izquierda [presente en aulas, textos, sindicatos, cafeterías, y sitios de reunión y asambleas de estudiantes], con la historia reciente del país, con las subculturas juveniles, la canción protesta o el cine, o con cantidad de referencias eruditas a propósito de su conocimiento literario. Esto traerá problemas al lector que no logre penetrar las alusiones más referenciales». (Camilo Alzate. *Entre pancartas, arengas y asambleas*. Entrevista con Rigoberto Gil Montoya. En: Apuntes de peatón. Julio 2016)

Esta es, pues, una novela en la que la voz principal es la de los jóvenes universitarios colombianos. Es una voz cargada de esperanzas, utopías, contradicciones, radicalismos, intolerancias y de ciertos «ataques de lujuria»

colectiva al interior del campus. Buscamos que esta conversación proporcione respuestas a la interrogante central que guía el dossier de la revista *Escrita*, indagando sobre las evoluciones y dinámicas actuales de los movimientos estudiantiles en la región.

Sobre la génesis de una sensibilidad literaria

Transcripción de la entrevista realizada al profesor Rigoberto Gil Montoya por Jhon Jaime Correa Ramírez

Jhon Correa: *Rigoberto, muchas gracias por aceptar la invitación a esta entrevista, que quisiera que lo pudiéramos tomar como un diálogo, y quizá también como un debate en algunos de los aspectos que me han parecido un tanto discutibles en la estructura y desarrollo de tu novela *Mi Unicornio Azul*. Desde que yo empecé a leer tu novela encontré una visión muy particular y crítica acerca de la Universidad, de los movimientos estudiantiles, de esas relaciones entre profesores y estudiantes, con unas dosis muy fuertes de sarcasmo e ironía; lo que hace entonces que la novela por momentos se vuelva irreverente y nos ponga en esa línea del texto de Marshall Berman de «Todo lo sólido se desvanece en el aire». Pero antes de empezar con mis preguntas acerca de la novela, a mí me parece que es importante brindar al público lector algunos elementos biográficos tuyos que nos permitan encuadrar un poco tus trayectorias de vida con el desarrollo de tu obra novelística. Por estos días, casualmente, tuve la oportunidad de leer una crónica que hizo el periodista y literato Gustavo Colorado, en su «blog-ácido», donde nos muestra algunos aspectos de tu vida personal que también han influido en tu visión del mundo y en ciertos ejercicios de escritura de las novelas que has llevado a cabo ¿Por qué no nos hablas un poco acerca de ese proceso?*

Rigoberto Gil: Bueno Jhon Correa, muchas gracias por esta invitación. De verdad que me honra, porque para uno como escritor, creo que lo más importante es que la obra suscite lectores, y si son lectores finos, que también entran a discutir con la obra, pues mucho mejor. Entonces me siento muy honrado por tejer el diálogo con un lector como tú.

Digamos que mi proceso de creación empieza desde muy joven, en el bachillerato, ya que tuve la fortuna de participar en esa época inicial en talleres literarios y eso me ayudó a afinar mi escritura, porque tomé conciencia, desde temprano, que sí tenía necesidad de escribir, y en ese sentido, el primer trabajo que publico es *El Laberinto de las Secretas Angustias* de 1992, que gana el Premio Nacional de novela Ciudad de Pereira. Eso para mí fue el comienzo de algo que sigue conmigo, que es la necesidad de escribir. Ahora que me haces pensar en *Mi Unicornio Azul*, admito que *El Laberinto de las Secretas Angustias* trata también temas de tipo político y de tipo social, involucrados, por supuesto, con la violencia; de suerte que es recurrente en mí, como los temas que tienen que ver con conflictos o con situaciones complicadas en términos de violencia; aunque también he hecho crónicas de ciudad y crítica literaria. Este es el caso de «El laberinto», cuyo tema central es la toma del Palacio de Justicia por parte de la guerrilla del M-19, en el año 1985 y que tanto consternó al país. Digamos que eso es muy importante en mi vida. Lo otro es quizá haber crecido en provincia al lado de mis padres, en un pueblo de Risaralda, en La Celia, y luego haber vivido en La Virginia y Quinchía, y haber visto de cerca esos coletazos de la violencia bipartidista de los años 50. Eso creo que también me formó mucho en la medida en que sabía que en algún momento tenía que contar algo de eso, y eso está un poco disperso en una novela como *Perros de Paja*, en la que habló de la violencia urbana, del barrio San Judas, por los lados del Río Otún de la ciudad de Pereira; y luego en la novela *Plop*, en la que hablo del tema de los desaparecidos.

De modo que todo esto tendría que ver un poco como con mi formación... Y ya que estamos hablando de una formación política, para mí fue muy importante en los años 80 haber hecho parte de las Juventudes Comunistas. Yo fui militante de la denominada JUCO, cerca de unos dos años, y esa militancia para mí fue esencial, porque me permitió hacer un rastreo, siendo muy joven, de textos clásicos; por ejemplo, las intervenciones de Mao Tse-tung en el Foro de Yan'an sobre Arte y Literatura; algunos textos canónicos de Marx y Lenin. Debo decir que éramos muy serios en esas lecturas, pero demasiado serios. Claro, estábamos educándonos, estábamos tomando línea, estábamos asumiendo posturas políticas e ideológicas fuertes para ese momento -años 80-, y en un

época muy complicada, porque es el momento en que hay toda esta complejidad entre la relación de la Unión Patriótica y las FARC, en un proceso político muy jodido para el país, porque la lucha política era una lucha cierta, era una lucha armada fuerte; era, incluso, un poco como a la manera de las «primeras líneas», ahora en lo más reciente que se ha vivido en Colombia. De modo que todo eso, por supuesto, me sirvió mucho como formación. Y quizá algo de esa formación política está ahí en *Mi Unicornio Azul*, ya que ahí propongo un recorrido por algunos elementos históricos, como podrás verlo hasta en cada uno de los capítulos de la novela -9 en total²- y de los cuales seguramente hablaremos ahora. De modo que este breve recorrido por algunos momentos de mi vida engrana mi necesidad de escritura. Caigo en cuenta que en todas mis obras de carácter narrativo se privilegia algún elemento de componente social en conflicto, y creo que eso es lo que ha detonado mi necesidad de escritura.

Jhon Correa: *¡Qué bien!, porque con eso que me cuentas me llevas a pensar si el personaje central que está ahí vivenciando una cantidad de hechos, tiene que ver con el Rigoberto Gil real, de carne y hueso, que también vivió esas experiencias aquí en la Universidad.*

Pero para retomar un orden de preguntas, quisiera seguir con una que me inquieta: ¿cuál era el objetivo de esta novela? ¿Tienes una visión crítica, escéptica, distópica o paradójica de los movimientos estudiantiles, de los discursos militantes, de los jóvenes universitarios y frente a eso que también se llamó «el infantilismo de izquierda»? Creo que tú pones muchas cosas de estas en tu novela.

Rigoberto Gil: Lo primero es que esa novela recoge algo muy próximo a mí, porque estoy hablando de que yo soy testigo de los paros nacionales, de las asambleas permanentes, como profesor universitario; a mí siempre me ha correspondido vivir eso, pero lo he vivido quizás de una manera muy cómoda, porque los profesores vivimos un poco al margen de todo eso que pasa en

² Nota del entrevistador: Los títulos de los capítulos en el orden que aparecen en el libro son: - Combinar todas las formas de lucha; - Están dadas las condiciones históricas; - Un pequeño burgués acomodado en el sistema; - Teoría de la clase ociosa; - La revolución está cerca; - Lo políticamente correcto; - Seamos realistas y hagamos lo imposible; - Mi unicornio azul ayer se me perdió.

los paros. Fíjate que en esos momentos de tensión se frena todo al interior de la Universidad, el campus entra en una suerte de orden-desorden, y nosotros normalmente vemos desde fuera lo que pasa; decidimos observar lo que pasa sin involucrarnos; quizás pensamos —para nuestra comodidad de profesores— que lo que acontece es asunto de los estudiantes. Si bien ellos reciben el apoyo nuestro, normalmente no nos involucramos. Claro, habrá el profesor que lo haga porque tiene unas convicciones al respecto, pero normalmente vemos discurrir la tensión, el paro, la anomalía desde lejos. Ese ver desde lejos implica también una cierta toma de distancia. Pero ese distanciamiento, sin duda, hace que uno pueda tener una postura crítica frente al asunto.

Claro, ahora que hablas del *infantilismo de izquierda*, yo creo que en buena medida la novela explora eso, pero lo explora —y eso yo lo tenía muy claro— desde el humor y la ironía; o sea, no me interesaba ese tipo de novela que trata los temas de izquierda o los temas de los movimientos sociales con la seriedad —por supuesto hay que dársela— que permite en el escritor tomar partido o creer en unas causas. En mi caso, sin embargo, no, porque no quería ni tomar partido ni ser militante, ni que se notara que yo estaba tomando algún sesgo por algún movimiento en especial. En este caso, se me ocurrió que lo mío tenía que ser el humor, porque en alguna medida mi literatura también está centrada en eso, mi literatura cree en el humor. Pienso en uno de mis últimos libros, *De ver pasar*: unas crónicas que escribí durante la pandemia. Muchas de esas crónicas tienen humor, o sea, para mí el humor es esencial en la literatura, y en la literatura colombiana el humor es escaso. Somos muy serios cuando escribimos. De manera que aquí quería tratar el tema con ironía, con un rictus sardónico, como parte de un estilo, una manera de contar lo que veía. Esto, desde luego, revela una postura personal frente a los movimientos estudiantiles. Creo que han derivado en buena medida y eso no es, digamos, «aislado», en un fenómeno de la cultura de masas. Tiene que ver con un fenómeno de cómo se actúa en términos políticos e ideológicos en los partidos políticos, en los movimientos sociales, en el sindicalismo en Colombia. Tiene que ver con un desarrollo o una evolución de esos movimientos y de esas manifestaciones en nuestro país; sin desconocer, claro está, ni su gravedad, ni la forma como se ha criminalizado y estigmatizado este tipo de fenómenos de

protesta y movilización en las últimas décadas. En ese orden de ideas, lo que yo veo es que el movimiento estudiantil como tal, no está ajeno a todo lo que sucede en una sociedad banalizada, en una sociedad folklórica, en una sociedad que, aunque suene contradictorio, no se toma en serio nada, sino que todo lo trivializa. Estoy pensando, por ejemplo, en el fenómeno de la película de la Barbie, en la manera como las sociedades actuales se volcaron a consumir un producto del entretenimiento. Nos quedamos en la cosa mediática, en el estereotipo. Y, lo que sí puedo ver yo desde lejos como profesor, es la falta de educación política en quienes hacen parte de los movimientos estudiantiles. Hay poca educación política entre las filas de los militantes y simpatizantes.

Jhon Correa: *¿En qué sentido evidencias esa carencia?*

Rigoberto Gil: En el sentido en que no hay escuelas de formación, no hay profesores que asuman ese apostolado, o líderes que se comprometan con una educación de sus militantes, con la idea de aclarar unos horizontes ideológicos. Es necesario saber qué entendemos por izquierda política y por derecha política. Es importante entender qué han sido las luchas campesinas en Colombia. Entender que el nuestro ha sido un país militarista o qué cambios hemos sufrido a partir de la implementación de la Constitución del 91. Creo que ya no hay ese tipo de educación política. Lo que percibo ahora es que simplemente los jóvenes se lanzan a las calles a expresar sus arengas y se empoderan en sus manifestaciones; pero siento —eso es lo que veo a distancia como profesor, como escritor y como integrante del ámbito universitario— que hay mucha acción, pero poca reflexión. Se impone el activismo. Creo que, en ese orden, lo que trata mi novela es poner en cuestión lo que pasa cuando todo se resuelve en una frivolidad cercana a la *rumba corrida*. Claro, es muy fácil decir «¡Abajo el Fondo Monetario Internacional!». Pero la pregunta es: ¿Saben esos chicos qué es el FMI? ¿Qué implica vivir o resistirse a vivir en un mundo capitalista? Porque no podemos dejar de lado que todo eso corresponde a unas orientaciones de un sistema capitalista. No podemos salirnos de ese sistema capitalista, ni siquiera la China que es comunista hacia adentro y capitalista hacia afuera. De modo que esa es mi postura en la novela: con distancia crítica, sin melodrama. A esa postura le agrego una dosis de alegre sarcasmo, que muestra, a mi

manera, un cuadro de costumbres chévere, movido. Eso también me interesa revelar: que una asamblea permanente es una rumba, es una fiesta divertida, con lo que yo estoy, además, completamente de acuerdo. Yo agradezco eso porque todo el sistema universitario entra en una especie de jocosa intranquilidad, y esto hace que todo el mundo esté bien, como que se *distensione*. Se suspenden las clases, se frena la dinámica escolar. Todos entramos en una especie de «social-bacanería» y eso me parece que ayuda al alma y, sobre todo, si el alma es joven y debe atender el temblor de las hormonas alteradas. De ahí al eros, hay solo una consigna: hagamos la revolución interior, vengámonos.

Jhon Correa: *Háblame brevemente del título de Mi Unicornio Azul ¿Qué te evoca «Mi Unicornio Azul»? Eso me hace pensar en que, por ejemplo, tu novela —de alguna manera— también se vuelve memoria, memoria de esos movimientos, de esos actores, de esos discursos, junto con las canciones de época. Me pregunto si tu novela está más escrita para esos militantes del pasado que se ven ahí reflejados en algunas canciones y consignas, o si de pronto funciona mejor para las nuevas generaciones de jóvenes estudiantes universitarios. ¿Pero qué pasa con Mi Unicornio Azul? Porque incluso esa canción y su autor Silvio Rodríguez, o Pablo Milanés, podrían ser desconocidos para muchos de esos jóvenes que recién llegan a las universidades públicas, por no decir, para la mayoría. ¿Qué pasa ahí con ese dilema?*

Rigoberto Gil: La pregunta es muy interesante porque me hace pensar que un título como *Mi Unicornio Azul* es más apropiado para evocar los años 70 o quizá los 80. Esta novela estaría en un límite entre esa nostalgia por la revolución de los setenteros y ochenteros, y las nuevas nostalgias de hoy, animadas por el rock político de los argentinos y la protesta social de Residente. Nosotros crecimos escuchando «La mula revolucionaria» de Pablus Gallinazus; a Piero con su tema «Los americanos»; lo mismo que las canciones comprometidas de Víctor Jara, de la Nueva Trova Cubana, de Rubén Blades y la «Salsa Consciente»; de Mercedes Sosa con su interpretación de «Que vivan los estudiantes», etcétera. Algo de eso aún se escucha en torno de la olla comunitaria y los canelazos en los campus universitarios. Siento que estos jóvenes de hoy, que parecen continuar con unas banderas de sus mayores, se entregan a sus causas de manera

muy espontánea, con altos grados de repentismo; ahí es donde me pregunto en dónde queda su educación política. Me pregunto, por ejemplo, si los jóvenes de hoy saben cómo surgió el ELN y si estarían dispuestos a aceptar su radicalismo supremo. Si saben que ese grupo surgió justamente en una universidad de Bucaramanga (Santander); si saben que desde sus inicios los líderes del ELN se revelaron ortodoxos, hasta el punto de matarse entre ellos, como si en el juego de la guerra no hubiera lugar para la tolerancia. Recordemos el destino trágico de Jaime Arenas. No había un respeto por el compañero, el compañero en algún momento podía convertirse en el enemigo a quien debía sentenciarse a muerte en consejos de guerra; una cosa ortodoxa llevada al extremo. De hecho, el ELN continúa en armas. Soy escéptico: no creo que con este grupo se pueda sellar hoy un proceso de paz, porque es una guerrilla extrema y beligerante en términos ideológicos. Es muy difícil dialogar con extremistas que aún creen posible combatir el capitalismo avanzado con células guerrilleras armadas. Pero mi pregunta es si muchos de esos jóvenes conocen esa historia y todo su desarrollo posterior. Y en ese sentido, quizá un título como *Mi Unicornio Azul* funcione como una referencia literaria un tanto paródica. Es como si alguien, digamos, trabado con cannabis en medio de una asamblea permanente estudiantil, preguntara: «¿Oye, has visto a mi unicornio azul? Ayer se me perdió, no sé si me fue, no sé si se extravió». Y otro parcerero, también igual de trabado, le responde: «Bueno, loco, cualquier información bien la vas a pagar, pues sé que no tienes más que un unicornio azul». O sea, todo eso sucede en medio de la traba, que es una traba exquisita, porque es una suerte de premio, después de todo un día de agitada lucha estudiantil. Quizá esa parodia entra un poco a determinar, en términos simbólicos, lo que implican las nuevas expresiones políticas que, en su momento, nos las tomábamos muy en serio. En mi novela evoco lo perdido y teatralizo lo presente.

Jhon Correa: *Sigo pensando en cómo un lector joven cómo puede llegar a este texto. Porque Rigoberto, los jóvenes de hoy, por ejemplo, en el paro nacional de 2021 quizás no escucharon a Silvio Rodríguez o a Inti Illimani, pero escuchaban a Los Prisioneros y sus temas clásicos «El baile de los que sobran» y «¿Por qué no se van del país?». Y también están escuchando a*

Calle 13 o a Molotov con «Gimme tha power». Podríamos decir que estos son los nuevos repertorios de los movimientos juveniles. Ese tipo de nuevas referencias, ¿de pronto pensaste en colocarlas ahí o eso te distorsionaba un poco tu propuesta? Porque es claro que, si bien puede que los jóvenes no estén escuchando Mi unicornio azul en clave de Silvio Rodríguez, pero puede que sí estén escuchando otros temas que motiven su indignación o sirvan de válvula de escape al inconformismo social.

Rigoberto Gil: Claro, y están escuchando rock en español, ese rock chileno y ese rock argentino de vieja guardia y alguno que otro más contemporáneo, como por ejemplo El Cuarteto de Nos, el grupo uruguayo, que tiene una expresión muy dicente en una de sus canciones que dice: «Ya tiré piedras y escupitajos en el lugar donde ahora trabajo». Es decir, mi dinámica de vida ha cambiado, ahora que he tenido que emplearme. Si me lo preguntas como escritor, hacia dónde va dirigida la novela, te diría que el objetivo son los jóvenes, independientemente de si los referentes culturales los comprenden o los logran traducir a su universo de referentes. Y lo digo porque finalmente la novela se torna en una fiesta, o por lo menos así intenté hacerla. Hay en ella arengas, bulla, hay un clima de oposición contra el rector, contra el Estado. Pero en el fondo se impone el asunto del Eros, de la atracción, de los sentidos y de la fiesta. En fin, hay música y carnaval. De modo que se instaura el espíritu joven, iconoclasta. Sin embargo, como los jóvenes recogen unas banderas, entonces es un hecho que también están recogiendo, muy a su manera, toda una memoria de los movimientos estudiantiles. Recuerdo, en ese sentido, un grafiti instalado en la Universidad Industrial de Santander, que me compartió nuestro amigo Álvaro Acevedo Tarazona, a propósito de la conmemoración de la muerte del cura Camilo Torres, por allá en el año 1966. Ese grafiti no podía ser más desafortunado. Porque era un grafiti curtido, a modo de bandera, que se había utilizado muchísimas veces, durante muchos años. Los estudiantes lo único que hacían era borrar el número (mal borrado) de la conmemoración. Era un número superpuesto, mal diseñado. Se notaba la pereza con que habían desempolvado ese grafiti-bandera. La pereza de volver a construir algún símbolo que recordara a Camilo, que actualizara sus consignas. Así las cosas, el Camilo que aparece en la última celebración, en tiempos de la pandemia, es un

Camilo desfigurado. Toda en su imagen de guerrillero fugaz pierde límite y se desdibuja. Es como si ese Camilo recordado hubiera sido hecho como por algún militante con problemas motrices. ¿Qué pasó? Que se impuso la pereza, Jhon Jaime. Supongo que los encargados del comité de comunicaciones optaron por ser prácticos. Pero, a su favor, habría que decir que la irresponsabilidad juvenil es inevitable, sobre todo antes de tener el primer empleo. ¿Cómo pedirles a los jóvenes que sean responsables? Se comprende que, en sus manifestaciones acaloradas, exijan una y mil veces que el ESMAD [los Escuadrones Móviles Antidisturbios de la Policía Nacional de Colombia] sea una policía feliz, sin armas; que el Fondo Monetario Internacional se acabe; que los tentáculos del imperialismo yanqui sean expulsados de América Latina; que el Socialismo del siglo XXI se torne en una realidad festiva. Entonces creo que sí, que mi novela tiene por lo menos ese propósito de llegar a esos jóvenes reales, a esa generación nueva que, y es paradójico afirmarlo, no tiene sentido del humor. No sé si estás de acuerdo conmigo en ese aspecto. Nuestros jóvenes de hoy, a pesar de su frivolidad política, no tienen sentido del humor, se toman muy en serio la vida. Por eso viven deprimidos; muchos reclaman tener un psicólogo o un psiquiatra de cabecera. No se ríen de nada y todo les duele, pues en lo que sí creen es en la corrección política, que es lo más yanqui que tenemos; otra paradoja, ¿no crees? Pero lo peor es que no son capaces de reírse de sí mismos. En ese sentido, esta novela explora, ya desde mi pensamiento adulto, eso que podría ser parte del universo de la alegría, digamos, juvenil de nuestra realidad histórica.

Jhon Correa: *Retomando un poco las preguntas que te había planteado inicialmente, veo que en tu novela haces referencia constantemente al Mayo del 68, a las utopías revolucionarias de aquellos años, a los grandes íconos como el Che Guevara, el Cura Camilo Torres, etc. Pero ¿cómo manejas tú esa línea entre literatura e historia? Yo pienso que es una pregunta que te la habrán hecho muchas veces. Pero lo cierto es que tu novela transcurre tras un fondo de hechos ocurridos, sobre vivencias reales, tuyas o de muchos otros personajes. Me imagino que también te documentas o te apoyas en los textos de historia que analizan el conflicto armado o que analizan el desarrollo de los*

movimientos estudiantiles dentro de las universidades en Colombia. ¿Cómo transitas esas fronteras entre un campo y el otro?

Rigoberto Gil: Va por ese lado, Jhon Jaime, creo que das con la respuesta. Yo juego en esos dos niveles y en muchos de sus intersticios. Digamos, yo reconozco que el historiador y el sociólogo, por un asunto de disciplina académica, tienen que ser muy serios y cuidadosos en el tratamiento del problema, es decir, del problema histórico, del problema político. Ellos se imponen ir a las fuentes, tener ese rigor científico y académico que se le pide a ese manejo con las fuentes. En cambio, la literatura es un espacio de mayor libertad creativa y expresiva. El escritor se puede simplemente escudar con que lo suyo es ficción, que cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia. Y pare de contar, aunque, en realidad sí esté soportado lo suyo en un conocimiento de la historia, en un conocimiento de los documentos, etcétera. Digamos que la literatura permite un grado de libertad que un científico social no se puede dar, y yo entiendo esas diferencias. O sea, si un científico social simplemente se da ciertas «licencias» interpretativas, pues la misma comunidad lo pondrá en duda y lo rechazará. En cambio, el escritor de ficción está en un plano de la libertad muy interesante, y en el que, por supuesto, si es juicioso, y si tiene el interés de que lo suyo tenga validez, pues muy seguramente estará corroborando su propuesta en un conocimiento de lo histórico, de lo sociológico y de lo antropológico. Por lo menos, eso a mí me importa en ese horizonte de la creación. Considero que en ese orden tengo claridad en qué permite la literatura y qué no permite lo otro. La autoriza la risa, al mismo tiempo que agencia la duda y la crítica.

Jhon Correa: *Pero bueno, aquí en este punto quisiera hacerte una pregunta casi que a quemarropa. ¿Cuál es entonces la responsabilidad política del escritor o la responsabilidad de la literatura? Frente a esa historia que también ha sido el drama de muchas generaciones, algo por lo que estamos pasando en los últimos años; por ejemplo, en términos de procesos de paz, justicia transicional, recuperación de la voz de las víctimas del conflicto armado.*

Rigoberto Gil: Claro, la literatura se ha ocupado siempre de eso, carga consigo una responsabilidad tácita; no milita, no toma partido; denuncia sí, pero con

las formas que descansan en las palabras y en sus metáforas. Ella ha tenido una gran responsabilidad y por eso la literatura sirve de soporte histórico para comprender el devenir. De hecho, mi novela se está ocupando de eso, solo que, desde un lugar de enunciación problemático, desde la ironía, desde el doble sentido, pero también se está ocupando de lo mismo, solo que, en mi caso, no creo que el escritor, el novelista, el narrador tenga que militar, no puede militar... Por supuesto, como sujeto civil, el escritor está en todo su derecho de hacerlo, pero si milita, yo como lector me daré cuenta y seguramente tomaré distancia de aquello que leo. Aquella literatura con sesgo ideológico corre riesgo de ser reprobada por el lector que busca historias y no textos cargados de fábulas moralistas. Yo en particular defiendo al escritor que tiene una formación política, que tiene un compromiso social y político, pero que no utiliza su literatura para un beneficio ideológico o para un beneficio de partido. Es un poco lo que nos enseñó un Gabriel García Márquez, por ejemplo; en su vida real, García Márquez era un «pavo real», un tipo al que le gustaba ejercer un poder social y cultural. Se decía, y él mismo lo pregonaba, que era un hombre de izquierda, como todos los del boom latinoamericano; pero le encantaba estar en los cócteles con los de la derecha. Respecto a García Márquez nunca supe yo qué voluntad real ideológica y política tenía; pero ese personaje de farándula, amigo personal de una caterva de expresidentes, a mí poco me interesa. Me interesa el escritor, donde yo advierto que ese compromiso social o político se difumina con maestría en sus obras; pocos notan de qué lado está el escritor; sabemos de qué lado están los personajes, pero no el escritor. La toma del partido del artista es por su obra. Eso enseñó el hombre de Macondo.

Jhon Correa: *Estoy de acuerdo contigo, Rigoberto. Por ejemplo, si yo hubiera encontrado ese sesgo doctrinario en tu novela yo la hubiera dejado a mitad del camino, porque yo no estoy esperando que me echen cuentos de ideologías; estoy es más dispuesto a encontrar siempre la sorpresa, la parodia, la creatividad, algo más interesante. Pero retomando otro aspecto también de tu novela, que a mí me llama bastante la atención y que tiene que ver con otras novelas que yo también he leído, está el tema de cómo las grandes utopías, el tema de la estructura, las ideologías, las luchas de clases, en fin, todo lo que*

*hace parte del discurso clásico revolucionario, etcétera., son erosionadas por algo mucho más volátil como es el deseo o por esa lujuria que se mueve en los ámbitos universitarios. Porque es que este personaje se queda esperando todo el rato es a que esa chica se lo dé, que finalmente acceda a sus flirteos para derramar sobre ella toda su concupiscencia. Por eso se va detrás de esa chica del movimiento estudiantil y se aguanta lo que sea, y eso me parece que es una forma también de ironizar, de producir una risa, porque entonces también los sujetos de la revolución son personas de carne y hueso, que tienen pulsiones libidinosas, que se les «para». Entonces están pendientes de la chica hermosa, de las primíparas, porque se nota muchas veces que, en estos movimientos de izquierda, estas chicas super hermosas, además de todo el atractivo de que son consecuentes, tienen ideología y discurso, y eso también las vuelve atractivas. Esto también lo relaciono con novelas como la de Javier Cercas, *El Inquilino*, *Desgracia*, de Coetzee, *La Facultad del Deseo*, el texto de Álvaro Acevedo, que muy poca gente ha leído en nuestro entorno. ¿Encuentras una relación de tu novela con este tipo de obras? Percibo un interés de tu parte por auscultar ese mundo íntimo, pero como otra forma de mirar esas relaciones de saber-poder; pero desde el deseo y la frustración.*

Rigoberto Gil: Creo que todas las preguntas que me haces van por una misma línea y me haces recordar lo siguiente: esta novela, *Mi Unicornio Azul*, es del 2014. Esta novela se construye, si bien recuerdo, a partir de un paro, una asamblea permanente que hubo en 2012, cuando se gestó lo de la MANE. ¿Recuerdas en nuestra universidad el protagonismo del entonces presidente del Sindicato de Profesores ASPU-UTP? Aún lo rememoro como un tipo muy impetuoso, severo, dueño de un temperamento pesado e intransigente, un «tira línea» fanático. Su protagonismo político se da en un momento muy curioso, en el que su hermano era el rector de la universidad en la que éste se convirtió en referente de la lucha activa entre los jóvenes. Ambos hermanos atizaban una controversia pública permanente; al menos eso era lo que hacían pensar; el rumor de pasillo señalaba que en casa de su madre eran cómplices maliciosos. Pues bien, si tú recuerdas, en ese momento el líder sindicalista tenía una novia muy bonita. Una chica de medicina. Y esa chica era preciosa. Y, claro, esa chica era todo un trofeo, por favor. Imagínate, uno de los líderes veteranos

más importantes de la asociación de profesores sindicalizados se hace novio de una chica joven, digna de exhibirse en pleno mitin enfrente de la Rectoría. Ella era un trofeo, un trofeo político. Allí, en esa relación intensa —los veíamos de un lado para el otro en medio de gritos, arengas y en plena anormalidad académica— tiene lugar la atracción y el deseo, el Eros; también se desliza el Tanátos, por supuesto —pensemos en los ESMAD, que a esa misma hora rodean el campus universitario con sus vestidos RoboCop y sus cartuchos de gas y sus granadas fumígenas—, el peligro de que el intenso amor termine en la tragedia que anuncian, como en un coro griego, el ruido de las papas bomba. Fíjate en esa metáfora: Eros y Tánatos deambulando por ahí, en el campus, mientras la adrenalina política de los cuerpos espera la caída de la noche para potenciar la fiesta, el *canelazo sideral*. A propósito, otra metáfora de esta relación Eros y Tánatos de la lucha política, la podrías encontrar en una figura más cercana: la del actual presidente de Colombia, Gustavo Petro, exlíder, exguerrillero. El presidente Petro tiene que ser un gran follador para tener seis hijos y tres matrimonios a cuestas. Es todo un ejemplar, un padrón completo; es un tipo que dispara e inmediatamente da en el blanco. O sea, estamos hablando de que hay un Eros, en estos seres que, a no dudarlo, se la juegan por unas ideas, se la juegan por unas convicciones políticas, ideológicas, pero también son seres humanos: y cuando yo digo seres humanos, decimos seres frágiles. Recuerdo que una novela de Rafael Humberto Moreno Durán, un gran escritor colombiano, se aborda el tema del movimiento revolucionario en Colombia, con especial énfasis en las luchas estudiantiles de la Universidad Nacional. Él construye una escena trágico-cómica en la que se acaba el movimiento revolucionario, porque uno de los jefes es pillado en el apartamento de una chica, y resulta que pusieron a asar un pollo y eso se explotó. Estaban en su «flirteo», en sus asuntos amorosos, y de pronto explota el apartamento con ese pollo, y ahí se acaba la revolución en Colombia. Claro, la militancia dura, a la manera de la ejercida por un sindicalista de línea radical, no puede aceptar que el motor revolucionario se apague a causa de la explosión de un pollo asado. Y lo hecho por Moreno-Durán no podía aceptarse como un simple hecho de humor o de ironía. ¿Cómo se va a aceptar que la revolución se acabe por un pollo recalentado? Como el militante es un agelasta, alguien que no

sabe reír, no es fácil aceptar que un escritor, acaso un descreído, apueste por la transgresión y la ironía cínica. No es fácil aceptar el deseo en el centro del conflicto. No es sencillo aceptar que mi cuerpo, mi cuerpo político, entra en relación y en tensión con los otros cuerpos políticos. Y mucho menos ahora, que sentimos el fragor de los movimientos y luchas feministas, mientras se exagera la corrección política. Vivimos tiempos de la vigilancia en torno de las relaciones entre personas y, sobre todo, entre hombres y mujeres con roles establecidos en sociedades jerarquizadas. En nuestro ámbito universitario, por ejemplo, se evidencian las relaciones de poder que los profesores establecemos con los estudiantes. Hablo de unas relaciones siempre jerarquizadas, no exentas de abusos y desafueros. Pero yo soy un convencido de que finalmente, más allá de lo ideológico y de esas relaciones jerárquicas, más allá de lo político inclusive, estamos determinados por nuestra educación sentimental y el «desorden amoroso». Y esa educación sentimental nos compete a todos, tanto a los jóvenes como a los profesores, a todo el mundo. Juanmi, el personaje central de *Mi Unicornio Azul*, es producto de esa educación sentimental. ¿Y qué pasa en un campus? Un campus es un lugar de intercambio, no solamente de saberes, también de afectos y emociones. Eso determina, en buena medida, nuestros destinos. En ese orden, creo que mi novela va por ese por ese camino riesgoso.

Jhon Correa: *¿Cómo tenías presente esos autores? ¿Sabías que te estabas metiendo en esos campos de los Coetzee, de los de Cercas? ¿Ese tipo de literatura también te gusta?*

Rigoberto Gil: No me gusta, me apasiona, ¿sabes? Porque, entre otras cosas, de un tiempo para acá vengo orientando una asignatura electiva en la Universidad que titulé «El profesor como protagonista en la Literatura». De manera que todas esas novelas, *El Inquilino*, *Desgracia*, *La facultad del deseo* de Álvaro Acevedo Tarazona, entre otras, son obras en las que yo muestro que el profesor está en problemas, es decir, que el profesor es un problema ambulante. No me interesa la historia «rosa» sino aquella en la que el profesor debe enfrentar y resolver un conflicto. Tú me hiciste hace poco un cuestionamiento que me parece muy interesante, cuando me dijiste si Juanmi, el personaje narrador de mi novela, no era, por momentos, muy intelectual, muy erudito. Parece saber

muchas cosas, ¿cierto? Precisamente en medio de un clima en el que la novela muestra que no hay tal educación, tal erudición. Yo soy consciente de eso; algún lector, algún amigo me ha dicho: «ahí estás tú, eres tú, todo eso que está ahí, esos saberes, eso que se dice sobre la literatura es tuyo». Quizás sí. Lo cierto es que hay algo muy sutil en la novela y es que mi personaje Juanmi es un pobre diablo; es decir, es un tipo que piensa con las gónadas y no con la cabeza, se las quiere comer a todas y sale de cacería. Es un cazador, pero tremendo, tanto que de ser real yo no quisiera encontrarme con él cara a cara... (risas).

Jhon Correa: *Hay otras chicas en la novela que también han estado con él, que lo confrontan y le hacen pasar malos ratos. Mejor dicho, es la mala hora de Juanmi.*

Rigoberto Gil: Exacto. Mira que esas chicas que han estado con él antes lo hieren, le reprochan y le cuestionan cosas, se lo gozan y lo rebajan a la condición de *pequeño ortóptero*, lo rebajan a la mera condición animal. En otras palabras, Juanmi recibe lecciones morales todo el tiempo: lo cascan, lo ningunean, no le hacen caso, es homofóbico, menos con Soto, el homosexual con quien conoce la esperanza de la ternura en medio de la trifulca estudiantil. Soto es signo de la amistad, el único que lo protege y lo viene a auxiliar en un momento muy complicado de su vida azarosa. Pero bueno, él tiene de todo, pero recibe lecciones de sus «ex-amantes», y de los estudiantes que sin saber quién es —como él está ahí metido en la asamblea y está de cacería— lo atacan, lo empujan, le enrostran improperios, le gritan: ¡ «oe», infiltrado, hueles a pecueca de bota militar! Le dicen de todo. Te confieso que estoy contento con que Juanmi reciba esas lecciones de vida. Pero fíjate que la condición laboral de este muchacho en la Universidad es muy curiosa, porque él trabaja en una sala de sistemas y ayuda a la vigilancia del campus. Es una suerte de hacker. Siempre está bajando documentos de internet; o sea que su conocimiento «erudito» no existe. Es un conocimiento de información de las redes, que es el más superficial de todos; él decide apropiarse de información para hacerse más interesante con las chicas que persigue. Cuando quiere una muchacha de medicina, entonces aprende sobre los más de doscientos huesos que tiene el cuerpo. Si la actual estudia sociología, entonces aprende algo de historia de

Marx, para convencer a la muchacha. Es un tipejo, sin duda, pero agradable y romántico en el fondo.

Jhon Correa: *En eso resumes a muchos personajes de la Universidad.*

Rigoberto Gil: Por supuesto, yo trato de retratar al que falsea, al que posa. Y tú lo sabes muy bien, que, en nuestro círculo de profesores y estudiantes, hay muchos que aparentan ser intelectuales. Son legión. Se trata de seres que se convierten en un triste remedo de sí mismos, absorbidos por la vanidad. Juanmi es solo hábil en manejar la información, y aprovecha esa habilidad para calmar su libido. Todo en él es aparente, incluyendo su sabiduría. Digámoslo de una buena vez: el secreto de esta novela es la internet, las posibilidades que ofrece a todos esa nube algorítmica para apropiarnos del conocimiento ajeno, para plagiar, para parodiar, para crear una falsa memoria hecha con frases de Marx, Lenin y el Che Guevara. De ahí a que un sindicalista piense que uno es un erudito en temas de la historia de los bolcheviques, hay solo un click. En ese orden, creo que Juanmi finalmente termina siendo un manipulador, un personaje falso —en un sentido problemático—, porque engaña siempre, porque siempre tiene una máscara, porque siempre tiene un objetivo a lograr con los demás. No siempre sus asuntos le salen como él quisiera. Por eso la novela se torna divertida.

Jhon Correa: *Retomo aquí algo, para ir cerrando este diálogo. Hace años yo hice una entrevista al entonces rector de la Universidad Tecnológica de Pereira, que en sus años de joven estudiante universitario e incluso en sus primeros años como docente del área de ingeniería de la Universidad, se destacó, tú lo sabes, por su gran liderazgo en los movimientos sociales dentro de la Universidad. Pero luego, en su condición de rector, pues casi que se enfiló frontalmente contra ellos. Y, sobre todo, con el tema de los movimientos estudiantiles. Me acuerdo de que, en una ocasión, él decía que el tema de la protesta, las movilizaciones y plantones por parte de los jóvenes estudiantes era un problema más de hormonas que de claridad política. Me parece que lo dicho por él es algo muy tenaz, que puede llevar algo de razón, pero que simplifica en exceso algo que ha sido casi que consustancial a la Universidad*

Pública en Colombia, como es el tema de la protesta. De alguna manera, él desdibuja y caricaturiza lo que, para él, en su momento de joven estudiante, estuvo justificado. Pero ya en los 90, y en el 2000 para acá, ya no estaría justificado, porque ya la utopía de la revolución no estaba de moda. En fin, yo te quisiera preguntar, desde tu posición en particular, como docente universitario, como intelectual, de ayer a hoy, ¿cuál sería, por ejemplo, la cartografía de los nuevos movimientos estudiantiles? ¿Qué lectura haces de los jóvenes, de los movimientos de estudiantiles del momento? ¿Y si todo esto tiene que ver con toda la estructura de tu novela?

Rigoberto Gil: Debo decir, ante todo, que no soy lector ni estudioso de los movimientos estudiantiles. Frente a personas como tú o como Álvaro Acevedo Tarazona, llevo las de perder y podría terminar vapuleado como Juanmi por una asamblea de expertos. Pero sí puedo subrayar lo siguiente: Estoy convencido que los movimientos estudiantiles sí hacen parte de la formación universitaria, en el sentido más amplio del término; es decir, cuando uno llega a la Universidad, uno viene a formarse en muchos horizontes: el político, el cultural, el social. Y viene a formarse para el trabajo también. Creo que, en todo ese ámbito del aprendizaje, está la formación política. De suerte que la lucha de los movimientos sociales, que condensa una lectura de la realidad histórica, cumple un papel esencial en el carácter individual y en el espíritu de los colectivos. Porque el movimiento estudiantil recoge consignas, confronta las problemáticas de la educación, de la relación Universidad-Estado, pone en cuestión lo privado con lo público; en fin, se ocupa de todo lo que implica la existencia de una tradición de la protesta social, de las reivindicaciones de los grupos, del control de los sindicatos, de nuestra pertinencia como sujetos sociales. Creo que eso no se puede dejar de lado ni se puede menospreciar. Es decir, se recoge toda esa memoria de alguna manera y los jóvenes la siguen avivando, también muy a su manera, en lo que suponen los cambios generacionales. Pienso ahora en lo que pasó en todo este tema del estallido social y los jóvenes de la primera línea durante el desangelado gobierno de Iván Duque. Lo que vivimos en Pereira, lo que se desató en Cali y Bogotá. Una suerte de *estallido*, de *revolución controlada*, cuyas repercusiones pudimos sentir las en las últimas elecciones presidenciales, que llevaron a apostar por un gobierno progresista,

el mismo que ahora no sabe qué hacer con el poder. Todo ello demuestra que esas luchas estudiantiles empiezan a ligarse con fenómenos inéditos de nuestra cultura. Quiero decir, que esas luchas desbordan el ámbito universitario para relacionarse con otros actores y otras dinámicas, porque en la primera línea sabemos que no solamente había estudiantes, también gentes de los barrios, de las comunas; había grupos indígenas haciendo sentir el abandono estatal por sus reivindicaciones de décadas; las mingas se hicieron populares. Todos ellos, con sus plantones y las ollas comunitarias, vieron la oportunidad de hacerse visibles también con sus consignas; entonces se unen con los estudiantes, y en medio de la pandemia, y en medio de un presidente caricaturesco, que siempre aparecía con el mismo rostro, maquillado, impertérrito, como si no pasara nada en su feudo, mientras afuera estaba pasando todo, crece la presión y aumenta el descontento de una sociedad pauperizada, en la que los jóvenes, como lo sentimos hoy con mayor fuerza, no parecieran tenerla fácil para tener derecho a un futuro, o para hacerse a un lugar en la fuerza productiva de un Estado en poder de grupos clientelistas, de familias inmorales y ambiciosas y de bandas criminales con estructuras parecidas a las de las multinacionales. De modo que lo expresado por un exrector, antiguo militante de izquierda, hay que leerlo con moderación. Más allá de las hormonas existe una realidad y esa realidad es tan compleja como el deseo.

Recalco, por tanto, que sí es esencial y sigue siéndolo, esa manifestación política que engloba el movimiento estudiantil y que ahora se articula con otras luchas sociales y procesos comunitarios. Esos movimientos han sido importantes; solo que esos movimientos también han derivado en otra cosa, y eso habrá que considerarlo en perspectiva, porque no es una simple coincidencia que una de las mayores líderes como Jennifer Pedraza, por ejemplo, estudiante de la Universidad Nacional, haya terminado en el Congreso. O sea que se avizora una intención mayor de hacer presencia política e ideológica en los escenarios del poder político. Y no solamente en el escenario del ámbito universitario pasajero. Colijo que hay otras intenciones de que el activismo termine por convertirse en una opción proselitista. De hecho, yo creo que el Pacto Histórico proviene en cierta medida de estas líneas de los movimientos estudiantiles. Habrá que leer con otros ojos esas nuevas consignas, esos

nuevos referentes, sus nuevos símbolos, que creo que determinan un estado de la cultura. Así que no es posible rebajar a un mero hecho hormonal, como lo sostiene un alto directivo del alma mater, el brote de la lucha estudiantil. De hecho, la formación que recibí cuando joven el exrector que tú entrevistaste, fue una formación muy radical en la Universidad Tecnológica de los años 70, ligada a ideas socialistas y comunistas, de donde surgió el MOIR (Movimiento Obrero Independiente y Revolucionario). Le permitió luego tratar de ser alcalde de la ciudad, y terminó siendo rector años después de la principal universidad de la región del Eje Cafetero. Lo hormonal está ahí, como la claridad del día. Lo que está en cuestión es más bien la construcción del sujeto político, y él es la prueba de que el sujeto político evoluciona y muta en sus propias contradicciones ideológicas. Ahora, que el sujeto en sus crisis pase de la izquierda a la derecha, suele resultar un hecho simple. Sucede que la izquierda está muy próxima a la derecha, y a veces se parecen mucho en su ejercicio cotidiano, en sus praxis.

Jhon Correa: *En este momento se han puesto un poco de moda la escritura y la literatura de memorias del conflicto, de la gente que hace memorias familiares afectadas por la guerra y la violencia. Pienso en particular en el libro de Héctor Abad Faciolince, El olvido que seremos. Por estos días también leí un libro de Darío Villamizar, sobre la crónica de una guerrilla que se perdió por allá en la selva en el Chocó, tomando como base el diario de La Chiqui, la recordada guerrillera del M-19. Asimismo, podríamos pensar en las personas que están llevando al cine sus historias de vida, por ejemplo, esta chica pereirana, Laura Gómez, con la historia de su papá militante del PCC. Lo mismo que la película El Rojo más puro, que trata sobre la historia de vida del papá de la directora de la película, Yira Plaza. En ambas películas se da una especie de diálogo intergeneracional, donde si bien hay memorias comunes, también hay otras vivencias, así como otras formas de valorar las cosas -la realidad política- de modo distinto, dándose debates muy interesantes en torno a temas como la revolución, la militancia, etcétera. Temas que están muy presentes en tu novela, pero tratados de manera más irreverente. Esos temas creo que se han vuelto muy importantes en nuestro país, en el contexto de las*

justicias transicionales. Y de pronto pienso si no te han dicho: «Oiga, usted está tomándose muy poco en serio, lo que para otros ha significado mucho».

Rigoberto Gil: Claro, he recibido ese tipo de críticas, Jhon Jaime, y las recibo con el silencio de quien respeta la postura del lector. Pero fíjate que, en medio de todo, en medio de ese caos de contar, desde la ficción, un largo día en la vida de una fuerza estudiantil en asamblea, en medio de esa ironía, hay cosas muy serias que allí se tratan. Si se le hiciera arqueología a *Mi Unicornio Azul*, esta novela está ubicada en un momento muy álgido de la historia colombiana. Me refiero al gobierno de Álvaro Uribe Vélez, cuya consigna política fue la Seguridad Democrática; de hecho, en la novela se nombra varias veces esa consigna. Recuerda que ese Gobierno de la Seguridad Democrática fue muy curioso, por decir lo menos, porque ese gobierno estaba muy cercano con el sentir de las iglesias alternativas. Ahí había una mezcla muy peligrosa entre creencias religiosas y creencia política, y por eso los credos mesiánico-políticos de Uribe Vélez funcionaba tan bien, frente a una masa fanática. De hecho, en algún momento de la novela se menciona que en el Palacio de Nariño se había escrito en su página oficial web este mandamiento: «Cuando mi querido pueblo despierte, cuando mi querido pueblo anochezca, tiene que pensar en Dios, en la virgen María y en su Ejército». Eso no me lo inventé yo, eso pasó. Esa consigna terrible estuvo en la web hasta que Daniel Samper Pizano y escribió con indignación que, en un país laico y pos-Constitución del 91, no se podía aceptar esa propaganda oficial. Vivimos entonces en un país liderado por un nuevo mesías-hacendado. Pues bien, yo me valgo de esas expresiones políticas para dar un tratamiento paródico y sardónico a la realidad del movimiento estudiantil que por entonces se manifestaba. En ese sentido, entonces, la novela sí toca una memoria especial, sobre todo en un momento en que, seguramente lo recuerdas, cualquier tipo de manifestación estudiantil era considerada por el Estado un peligro. Te podían llevar a la cárcel por rebelión y eso te daba mínimo 7 años de prisión. O sea, no había un respeto por las luchas estudiantiles ni por los movimientos estudiantiles. Recuerdo, con algo de tristeza, que las pocas manifestaciones que hubo en ese tiempo largo de la Seguridad Democrática eran pasivas, temerosas. Era fácil que un chico terminara en prisión. Porque había un decreto en el que se estigmatizaba y se condenaba todo tipo

de protesta como expresión subversiva, no sólo de rebelión sino de terrorismo. De suerte que, en medio de la burla propiciada en la ficción, se desliza la crítica a un estado político autoritario. Recojo, por lo tanto, un momento álgido para las luchas estudiantiles.

Jhon Correa: *Claro, eso tenía que ver con la criminalización de la protesta y el perfilamiento que podían hacer agentes encubiertos en medio de las marchas. Pero bueno, quiero detenerme en otra cosa que yo he visto en la novela y a la que tú también le dedicas ciertos momentos de tensión: tiene que ver como con cierta intolerancia entre los jóvenes, por cuestiones ideológicas, por cuestiones también de gustos, de música, de rock, de ciertas cosas que incluso yo también viví en mi época, pues porque si yo escuchaba rock y el contexto era de la de la canción protesta, pues entonces me decían que yo estaba alienado o era «impuro» ideológicamente; eso se relacionaba con el tema del imperia- lismo, de la homogenización y la aculturación. Pero ahora vivimos un cierto clima de corrección política que derivan, a mi modo de ver, en nuevas formas de intolerancia. Hace poco escuché a alguien que decía que la nueva agenda de los movimientos sociales y estudiantiles en la Universidad, la lideraban los movimientos feministas, con un nuevo decálogo de señalamientos a diestra y siniestra. ¿Cómo te mueves en esos límites, donde ya todo es tan correctamente político? Donde también incluso se puede perder el humor. ¿Y el deseo dónde lo ponemos? No sé, aquí estamos tocando zonas ya pesadas, difíciles, cuando nos encontramos que las paredes de nuestra Facultad están llenas de papeles que dicen que «denuncie el acoso, el abuso». ¿Cómo entiendes esa parte ahí de la corrección política?*

Rigoberto Gil: La entiendo, por supuesto, con una preocupación que com- partimos muchos. Una preocupación en el sentido en que es un hecho que el lenguaje se politizó demasiado. O sea, me parecía que había un uso del len- guaje por parte de los grupos políticos, y que había un uso social. Ahora yo no veo mucho límite entre esos usos; el uso ya está completamente politizado. Pero además el lenguaje se ha cargado de unas connotaciones muy fuertes, de modo que ya todo empieza a ser visto con sospecha, a ser revalorado, a ser revisado. Hay una especie de revisionismo permanente con el uso de las pala-

bras, y eso, por supuesto, carga de sentido peligroso todas nuestras acciones. La corrección política corroe, como un cáncer, nuestras formas de habitar en sociedades intercomunicadas. La corrección política no es otra cosa que una manera de vigilar el uso del lenguaje y de ponerlo en una situación muy tensa y compleja, y en eso todos ayudamos. Lo sentimos en la cotidianidad; creo que a muchos profesores que les gustaba compartir un café o una cerveza con sus estudiantes han tenido que limitarse mucho, porque eso daría pie para ser objeto de señalamientos y sospechas.

Pero esa es la tónica en la que andamos en el país, en esa ambigüedad, en esa lucha por imponer el sentido de lo políticamente correcto, que no es otra cosa que lo conveniente para unos grupos de poder. Así actúan los políticos, valiéndose de los eufemismos para expresar y ocultar. Así, para Iván Duque no había masacres, sino «homicidios selectivos». Para el actual ministro de la Defensa del gobierno de Petro, no hay secuestros sino «retenciones». Digamos que, en la misma esfera de lo público, se genera ese estado de nerviosismo y de paranoia en el uso del lenguaje y todos pagamos por eso. Pero, además, si lo llevamos al ámbito universitario, al académico, que es en el que nos movemos, vemos que la cosa se complica más, porque justamente estos ámbitos deberían ser los apropiados para analizar el uso del lenguaje, de las expresiones, del discurso social, del discurso político. Este debería ser un escenario donde el lenguaje está en situación y lo estudiamos, y tratamos de interpretarlo a través de ensayos, de argumentaciones, de investigaciones, etcétera. Y no solamente estoy pensando en lingüistas, estoy pensando en los científicos sociales, en los escritores, en los humanistas. En ese orden, es un hecho que pareciera que esa agenda de la corrección ya se impuso en las universidades, sea a través de los movimientos feministas, sea a través de los grupos étnicos o de minorías que reclaman derechos, mientras los expedientes crecen en las oficinas de control disciplinario. Esta agenda de la corrección política, hay que decirlo, deriva de corrientes de pensamiento norteamericanas conservadoras y supremacistas. Algo de eso hay en el culturalismo, que no es otra cosa que una forma sofisticada de colonialismo. En otras palabras, esta polarización entre grupos y corrientes, anima la lucha ideológica, sobre la base del empleo recurrente de unos metalenguajes y metadiscursos que, en el fondo, no dicen

nada. Más bien ocultan taras, radicalismos ideológicos, credos políticos y discursos de fe. El resto es un divisionismo extremo y una necesidad de guardar silencio y aislarse, para no ser señalado por el ojo de Orwell. Porque no puedes utilizar la palabra *negro*; no puedes utilizar la palabra *gordo*, *bajito*; no se puede decir enano o *indio*, sin que seas señalado de racista, homofóbico, no incluyente, retardatario, en fin. Todo se carga de un sentido muy pesado y de una desviación. A ese lenguaje, desde luego, hay que agregarle un contexto en crisis, donde prima el conservadurismo y la derechización. Pensemos en las senadoras María Fernanda Cabal, o en Paloma Valencia, ambas del Centro Democrático. Pensemos en el uso político que ellas suelen darle al lenguaje y a la jerarquización que suelen hacer de una sociedad atávica como la nuestra. O sea que finalmente toda esta corrección política que vivimos al interior de los ámbitos universitarios se liga con ese escenario del afuera, y, por lo tanto, todo resulta conflictivo. Nosotros, los profesores que trabajamos precisamente con el lenguaje, sabemos que estamos siempre en el límite del sobreentendido, con la necesidad de la ironía y quizás de la provocación. Quizás esas novelas a las que te referías antes, *Desgracia* de Coetzee o *La mancha humana* de Philip Roth, son novelas en las que se deja claro que hay que tener cuidado en el empleo de las palabras, porque, como decía Roland Barthes, las palabras tienen una memoria segunda que explota en significados nuevos y confrontaciones nuevas. Ningún lenguaje es inocente. Para no ir muy lejos basta con recordar el libro *La Broma*, de Milan Kundera, en la que Ludvik Jahn, joven estudiante universitario y activo miembro del Partido Comunista checo, es expulsado por una broma que comparte con una compañera de clase y que luego esta denuncia ante los altos cargos del partido. Como se sabe, esta chanza no les hace la menor gracia a los dirigentes universitarios y de ahí en adelante el personaje cae en desgracia.

Jhon Correa: *Y es que ahí entra en juego el tema de las redes sociales, esa vigilancia de la vida privada, entonces todo se vuelve más complejo. Quizás eso sería —yo no sé si algún día— materia de tu próxima novela.*

Rigoberto Gil: Es posible. Estaba pensando ahora sobre las redes sociales mientras caminaba hacia acá. Pensaba en cómo se ha vuelto de complicado el

asunto de que los presidentes ya gobiernan por las redes sociales, por Twitter, por ejemplo. Es decir, ya no hacen ni consejos comunales, ya no hacen reunión de ministros, sino que todo lo anuncian con 180 o 200 caracteres en una irresponsabilidad increíble con el ejercicio del poder democrático. ¿Dónde queda el gobierno ponderado, el que se reúne y toma decisiones en conjunto? Las redes ayudan tremendamente a crear esos nuevos escenarios de la política. En *La facultad del deseo*, la novela de Álvaro Acevedo, se dice que las paredes de los baños son una prolongación de las redes sociales. Porque son lugares donde siempre se está contando algo, donde se está señalando o desnudando al estudiante, al profesor, al administrativo.

Jhon Correa: *Tú evidencias en tu novela algo paradójico, y es muchas veces esa corrección política sirve para hacer la crítica a la oposición, pero luego, cuando ya se llega al poder —y eso lo estamos viviendo en el caso del Gobierno actual—, toda esa corrección política se le viene también encima. Porque es un arma de doble filo. Esa paradoja me parece importante en el efecto literario tuyo, que no deja a ninguno estar tranquilo, en ningún lado; obliga a estar muy atento a cuál es la dinámica, a moverse según la deriva de lo político, porque esa corrección política está siendo muy fregada, muy ambivalente. Lo vi un poco en el caso de la elección de representante profesoral, cuando se llegó a decir que, porque yo me postulé como representante independiente, yo ya era sospechoso. Siento que se va creando una paranoia, algo que tú me comentabas hace muchos años, como un espíritu de conspiración por todos lados, que permea profundamente nuestra academia y nuestras relaciones interpersonales.*

Rigoberto Gil: Por supuesto, en la Universidad lo hemos vivido. Ha habido personajes que ayudan a crear ese microclima. Es un hecho que están siempre murmurando, siempre hay un secreto, siempre hay algo que se oculta. Nosotros como sociedad murmuradora y como comunidad neurótica ayudamos en eso. Claro, hasta el ejercicio político se convierte en un problema, porque cualquier cosa que digas de más o de menos, te pone en la cuerda floja. Basta observar con lo que le sucede al gobierno actual: habla demasiado, se expone al avivar una retórica cantinflasca. Un buen estadista habla poco; lo mejor es que actúe.

Hay una especie de verborragia que hace daño y contamina y que no tiene control. En esa línea, el escenario se vuelve inestable, frágil. Ya lo viviste con esa elección profesoral, cómo la palabra *independiente* ya genera sospecha. Luego viene el rumor, el descrédito. Alguien pregunta por tus *intereses secretos* y otro más lo desliza y el rumor deriva en señalamiento.

Jhon Correa: *Finalmente, te quisiera preguntar si en tu ejercicio de escritura, ¿a veces escribes con mala leche? ¿Cuáles son tus filias y tus fobias? Por ejemplo, yo veía que tú te enfocabas contra esa literatura de autoayuda, ¿o es simplemente un recurso literario?*

Rigoberto Gil: Hay un poco de todo eso. Fíjate que es bien interesante el tema de la Seguridad Democrática como bandera de un gobierno autoritario, que estimuló esa dinámica macabra de los Falsos Positivos. Volvamos al asunto de la relación de política e iglesia alternativa. De hecho, no sé si recuerdas que el pastor Pablo Portela, todo un semidios del consumo urbano, ungió a Álvaro Uribe Vélez en su momento. Digamos que en medio de este escenario de práctica religiosa fanática y de práctica política mesiánica, circula la literatura de autoayuda: Pablo Coelho, Walter Riso, Alberto Linero. Y circulan las soluciones de vida: «Cómo ser feliz en 10 días y no entristecer en el intento;» «Mi venganza es perdonarte;» «Manual del guerrero de la luz» y todas esas sandeces que capturan incautos en las ferias del libro. La gente consume eso sin ningún pudor. La gente hace mejunjes con esos mensajes seudorreligiosos y con versículos de la Biblia y con uno que otro aforismo de Ciorán. Lo mismo pasa entre los jóvenes revolucionarios, *alzados en almas*. Interpretan con cierto facilismo a los gurús de la izquierda latinoamericana: Mario Benedetti, Eduardo Galeano, Ernesto Che Guevara, Camilo Torres. Sus mensajes, sus reflexiones, sus posturas ideológicas terminan convirtiéndose en autoayuda. Mi novela se ocupa de esos mejunjes. Asumo una crítica —sin duda, mordaz—, a ese tipo de literatura que está justamente en medio de todo este embrollo de las luchas estudiantiles. No es gratuito, por ejemplo, que mi personaje Juliana Trujillo, la chica linda del movimiento estudiantil y estudiante de medicina, crea al mismo tiempo en la Virgen del Jordán y en el médico milagroso José Gregorio Hernández. O que en medio de una manifestación política en el

Galpón —ese escenario central de la discusión política universitaria—, alguien arengue «¡Gloria a Dios!». Se trata de mostrar lo que pasa con las juventudes, con todas estas creencias, estas pseudo creencias, todo esto que finalmente nos hace ser lo que somos. Finalmente, cada generación se educa a su manera. Pero, además, estoy convencido de que lo que ha pasado con el fenómeno Barbie, da pie para hablar de que hay un problema de la cultura global increíble. Hay un gran malestar de la cultura que desenmascara estereotipos de belleza, estereotipos del éxito, arribismos, deseos de la movilidad social. Mientras un gran problema domina silenciosamente al mundo —la Inteligencia Artificial— los padres disfrazados con sus vástagos rinden culto a una muñeca. Mi novela está metida en esa frivolidad del mundo desde los movimientos estudiantiles actuales. Quizá del «Unicornio Azul» pasemos, en términos políticos, a reconocer la supremacía de otra utopía: la de una «Barbie Rosada». Eso es lo que hay.

Jhon Correa: *Ese final de tu novela es contundente, porque me hace pensar si en realidad será que las nuevas cartografías, la nueva literatura ya no será sobre mi Unicornio azul, la canción protesta o las utopías, sino sobre mi Barbie...*

Rigoberto Gil: Pienso que el cambio de referentes culturales es inevitable. Los chicos que llegan ahora a la Universidad cada vez son más jóvenes. Muchos de ellos ni siquiera tienen cédula de ciudadanía. Aún desconocen las implicaciones del sistema laboral. Son chicos que salen del colegio y de inmediato entran a la Universidad, pero siguen siendo niños, chicos de grado 11. Solo que se perciben en otro nivel, y esos chicos imberbes empiezan de pronto a ser parte de los movimientos estudiantiles, ¿verdad? Es decir, su formación como personas autónomas y su formación política empieza muy temprano. Luego viene la responsabilidad académica, la estimulación del pensamiento crítico y se instaura la relación afectiva con los otros. Los íconos también se desplazan. En eso la autoayuda y las reingenierías crean el escenario para las nuevas creencias. Ahora que lo señalas, en mi novela los personajes son chicos que obedecen a otras utopías, ya no setenteras. Si bien recogen las consignas de sus mayores, sus pulsiones interiores y sus perspectivas de mundo son otras. En tono jocoso, en *Mi Unicornio Azul* se parodia el asunto de las desapariciones,

solo que en lugar de humanos se habla de perros desaparecidos. Piensa en la alusión a Tobías, en lo que uno de los manifestantes vocifera: «—¡Encontraron el cuerpo de Tobías! ¡Lo acaban de encontrar y es terrible!». Hay gritería, hay conmoción por la muerte de un perro universitario. Entonces se escucha la voz de otro manifestante: «—¡Sí hay conflicto armado, señor presidente, señores del Consejo Superior! ¡A nuestras trincheras!». Pero no se trata solamente de un «crimen de lesa animalidad». Hay algo más en medio del clima social que obligó a los estudiantes a cerrar salones y a congelar la dinámica del semestre. Se escucha otro señalamiento: «—Señor presidente: ¡desmovilícese!». Entre animalismos, frutoterapia, Kriya Yoga, Pare de Sufrir, Hare Krishna, erotismo militante, cultos de garaje y un Estado que predica el Evangelio de la extrema derecha, esos chicos obtienen la mayoría de edad. ¿Cómo cerrar esa larga jornada de lucha estudiantil al caer la noche? Siempre habrá una solución festiva. En mi novela la solución tiene el sabor de un «canelazo sideral» y «el olor dulce de la marihuana» que propaga en el campus unos chicos neorrastafaris. En ese olor hay esperanza de que por fin liberen a Muma (sic).

Entrevista realizada en la Universidad Tecnológica de Pereira el 2 de agosto de 2023. El entrevistador agradece especialmente la colaboración del estudiante de la Licenciatura en Ciencias Sociales de la UTP, Nicolás Mape Bañol, en la cuidadosa tarea de transcripción de la entrevista.